

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA SIGNIFICACION SOCIAL DE LA CIENCIA

Rafael Pizani

Muy buenas noches señoras y señores. Parece que es lo indicado por la buena educación, agradecer una vez **más la invitación que han tenido** la bondad de hacernos para intervenir en esta reunión de Jornadas de Evaluación de la Ciencia en Venezuela en los últimos 23 años, o sea, en el período que llamamos en forma generosa y amplia, Período Democrático.

Si esta mañana, en nuestro encuentro, resultaron acuerdos que fueron señalados por el **Relator, Vicerrector Alfonso Osuna, yo temo que esta** noche el señor Relator habrá de subrayar muchos desacuerdos. Pero quiero, para empezar mi intervención de esta noche, destacar que uno de los acuerdos colectivos en la sesión de la mañana, fue el reconocimiento de que en este período de 23 años de vida democrática nacional, la Ciencia y la Investigación Científica Universitaria, ha progresado en forma cualitativa y cuantitativa realmente impresionante y que este desarrollo, este aporte a la cultura del país y al conocimiento científico, caracterizan el quehacer **universitario nuestro. En esto** parece que obtuvimos acuerdo colectivo. Quiero comenzar **subrayando este acuerdo por**

cuanto, en mi concepto, permite legitimar y abordar con propiedad el tema de la reunión de esta noche, pues si es posible hablar de "Comunidad Científica y Poder Político, en Venezuela", es porque se da por aceptada la existencia de esa comunidad, porque reconocemos que hoy, en la Venezuela de nuestros días, existe una comunidad integrada por decenas de organizaciones universitarias y cientos de hombres dedicados a la ciencia y a la investigación entre nosotros.

¿Qué une a estas legiones de instituciones y de hombres para poder considerarlos una comunidad? ¿Estamos autorizados para hablar de una comunidad científica frente a, o en función política?

En un célebre discurso con motivo de los 60 años de Max Planck, Einstein consideraba que "el templo de la Ciencia es una multiforme construcción. Los hombres y las fuerzas espirituales que lo frecuentan son muy diversos" y después de una severa eliminación de **hombres y de propósitos,** señalaba la "visión de una armonía preestablecida, la inagotable paciencia y perseverancia y el amor con que el científico se consagra a los problemas más generales de la

ciencia", como la argamasa que la consolida.

Toda la vida social de la humanidad contemporánea, reposa definitivamente sobre los hombros, por regla general no muy fuertes, de los hombres de Ciencia: Pero me parece necesario advertir que al hablar de la significación social de la Ciencia y de la Investigación Científica y de la responsabilidad del científico en nuestro medio, tenemos que hacer algunas precisiones.

En primer lugar, considero que la tecnología no es ciencia sino explotación generalmente crematística de la Ciencia y esta explotación obliga al científico de nuestro tiempo a diferenciar, con fundamento en principios que vienen esclareciéndose desde hace tres siglos, su papel en la sociedad y la dignidad de su tarea, porque las crisis de la sociedad actual se le asignan en gran parte a los tecnólogos y, por mampuesto, a los científicos.

La dignidad del científico tampoco puede estar sometida a los caprichos de doctrinas o interpretaciones políticas que confunden el ser científico con las exigencias de un discurso inauténtico como es el discurso político.

Tampoco debe aparecer subyugado el científico por creencias de índole religiosa, ya que la creencia no es Ciencia.

Es necesario depurar la concepción de la Ciencia y del quehacer científico de estas tres vertientes ideológicas que desnaturalizan su significación individual y social. En esto, señoras y señores, tengo una claridad de concepción que si está equivocada les ruego perdonármela; pero que profeso y defiendo con toda vehemencia.

El científico que pone su Ciencia al servicio de la tecnología, de una ideología política o de creencias religiosas, traiciona su propia dignidad esencial. Y nos referimos sólo a aquellos resultados de la Ciencia que los políticos, tecnólogos o creyentes utilizan para explorar, confundir o manipular el conocimiento científico, sino al principio mismo que orienta y legitima aquel conocimiento: al *principio de Objetividad Científica*.

La objetividad exige al científico una escrupulosa y clara distinción de ideas y de actitudes. No es que pretenda hacerlo antitécnico, apolítico o ateo, sino que le impone que su actividad científica esté definitiva y seriamente fundada - como principio ético - en el conocimiento objetivo y crítico, con tal independencia de sus creencias o preferencias valorativas. "En la naturaleza de las cosas entra el qué estemos en todo tiempo en libertad de tomar la correspondiente actitud objetivante o el que esta sea, justo, una posibilidad esencial", decía Huseerl. La defensa y cultivo de esta posibilidad constituye el ser del conocimiento científico y su dignidad trascendental.

¿Cómo es posible admitir sin indignarse que haya habido dramas científicos por los cuales hombres eminentes han sufrido destierros y persecuciones, porque los resultados de su investigación científica no corresponden, satisfacen o contribuyen a fundar determinada ideología política, propósito crematístico o creencia religiosa?

La única ideología del científico es la búsqueda de la objetividad que supone, como exigencia

CIENCIAS primaria y fundamental, la distinción entre lo que el científico busca y obtiene como resultado de su trabajo y los valores o condicionamientos de tipo social, económico, religioso o tecnológico que aparezcan como aceptables o convenientes. No sé si exagero esta actitud que pudiera resultar agresiva sin ser ésta mi intención. Pero, señoras y señores, ustedes no recuerdan porque son todos muy jóvenes, que aquí en Venezuela a principios del siglo, Cipriano Castro declaró que una epidemia de peste bubónica que estalló en La Guaira, no podía ser peste bubónica porque no podía haber peste bubónica en la época de la Restauración. Y, sin embargo, los guaireños se estaban muriendo de peste bubónica. ¿Qué querían? Que el sabio Rangel dijera que no era peste bubónica. Era peste bubónica aunque a Cipriano Castro no le conviniera ni le gustara que fuera.

Pero no sólo aquí ni como anécdota local, sino en la historia de científicos porque sus conclusiones en filosofía, física o genética no correspondían a determinada

ideología política, religiosa o tecnológica.

Y si esto sucede con el conocimiento natural o físico-matemático, el referido a las Ciencias Culturales aparece más directamente comprometido y amenazado por la falta de objetividad. Por eso he venido profesando durante cuarenta años en mi Cátedra de Introducción al Derecho en la Universidad Central de Venezuela que no se puede estudiar científicamente el derecho, si no se diferencia claramente el ordenamiento jurídico positivo de los valores que con él se pretenda realizar, como distintos objetos de conocimiento y que como tales deben ser tratados.

Dentro de este orden de ideas y como conclusión sobre el tema que en esta sesión ha sido sometido a nuestra consideración, digo que las relaciones entre la Comunidad Científica y el Poder Político no pueden ser otras sino las que impongan el respeto y la garantía incondicionados de la libertad de la Ciencia y de la Investigación Científica.

Esta es mi arraigada convicción que expongo antes ustedes con toda sinceridad y algún temor.